

Jesucristo; hagamos de Ella un título de gloria ante Dios (1).

Llevemos esa joya preciosa en nuestra frente por una verdadera profesión de fe, en nuestro pecho por la pureza de nuestro corazón, en nuestra cabeza por la elevación de nuestros pensamientos, en los dedos por la práctica de las buenas obras, en nuestra cintura por una pureza sin mancha, en nuestros vestidos por la humanidad y la modestia. En una palabra, que por la edificación de todos reine y se manifieste en nosotros la vida simple, mortificada y pura de Jesucristo (2). De esta manera, nos dice un intérprete, llevando á Jesucristo en nuestro corazón, Él nos llevará en el suyo; siendo Jesucristo la Perla única, el ornamento que preferimos á todos, seremos también la perla preciosa y preferida, el ornamento con que se glorificará Jesucristo (3).

¡Oh María, santísima, purísima, bienaventurada, de cuyas manos hemos recibido, gracias á vuestro consentimiento, el precioso Tesoro de Dios hecho Hombre, haced que comprendamos la excelencia de ese Tesoro; que conozcamos todo el valor de la Perla única que es vuestro Hijo; que para adquirirla lo sacrifiquemos todo, á fin de que, también nosotros lleguemos á ser perlas de gran precio y podamos tener la dicha de entrar en la construcción de los muros de la celeste Sion. Haced que nosotros, que nos encontramos reunidos en este templo de la Jerusalem terrestre, podamos también ser del número de las piedras preciosas de que se componen los muros y las torres de la celeste Jerusalem, y que deben eternamente realzar su gloria (4).

(1) *Glorificate et portate Deum in corpore vestro. (1. Cor., VI.) Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi... Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. (Gal., VI.)*

(2) *Ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. (II. Cor., IV.)*

(3) *Ut efficiamur ipse margarita pretiosa. (Salmeron.)*

(4) *Lapides pretiosi omnes muri tui, et turres Jerusalem gemmis ædificabuntur. (Offic. Dedic.)*

VIGÉSIMA CUARTA HOMILÍA.

EL SAMARITANO,

Ó EL AMOR DE DIOS Á LA HUMANIDAD.

Venit Filius hominis querere et salvum facere quod perierat. (SAN LUCAS, XIX.)

Pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que había perdido.

Grande es y profunda esta revelación de San Juan: «Porque la ley fué dada por Moisés; más la gracia y la verdad fué hecha por Jesucristo» (1). Lo que significa, que tanto es Moisés inferior á Jesucristo en dignidad y mérito personal, cuanto, bajo el punto de vista de la excelencia y la perfección es la ley inferior al Evangelio.

En efecto, según San Pablo, la ley fué una alianza de severidad y de rigor; el Evangelio es una alianza de misericordia y de bondad. La ley fué una alianza entre señor y siervo; el Evangelio es una alianza entre amigo y amigo, entre el padre y sus hijos. La ley fué una alianza fundada sobre el temor; el Evangelio es una alianza cuyo principio es el amor (2).

Toda esta doctrina la ha resumido y formulado Jesucristo en pocas palabras, diciendo: «Pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que había perdido: *Querere et salvum facere quod perierat.*»

(1) *Lex per Moysem data est, gratia et veritas per Jesum Christum facta est. (Joan., I.)*

(2) *Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore. Sed accepistis spiritum adoptionis filiorum in quo clamamus abba, Pater. (Rom., VIII.)*

Pero ántes de poner en ejecucion este deseo de su amor, por su propio ministerio y por el de sus Apóstoles, por Él mismo dando su vida, por sus Apóstoles confiándoles la predicacion de su doctrina, la administracion de sus sacramentos, el establecimiento y propagacion de su Iglesia, ha querido revelarnos su deseo y representarlo al vivo en la parábola del Samaritano compasivo. Explicarémos, pues, hoy esta deliciosa parábola, en la cual el Señor nos ha pintado todos los cuidados, generosidad y ternura de su amor por nosotros, á fin de que nosotros tambien, por efecto de una gratitud sincera, de un amor generoso y ferviente, seamos del número de aquellos buscados y salvados por su amor y su gracia: *Querere et salvum facere quod perierat.*

PRIMER PUNTO. En todo tiempo ha habido, dice San Ambrosio, maestros y doctores, ministros de la religion que, ansiosos de sacar de un ministerio sagrado todas las ventajas y honores posibles, se han cuidado poco de practicar las virtudes, y que teniendo sin cesar la ley de Dios en la boca, no la tienen ni en el corazon ni en sus obras (1).

Uno de esos falsos teólogos, de esos moralistas hipócritas, era el doctor de la ley que, segun San Lucas, se presentó un día al Salvador del mundo con la intencion diabólica de tentarlo (2), es decir, como lo explica San Cirilo, para llevar pérfidamente al Señor á decir alguna cosa contra Moises, á fin de poder calumniarlo y perderlo (3). Este doctor, aprovechando que Jesucristo habia dicho que para salvarse es menester amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo, le preguntó: ¿Y quién es mi prójimo? (4).

¡El miserable doctor, exclama San Cirilo, al preguntar quién es su prójimo, muestra bien que no lo conoce, y que no conociéndolo, no puede amarlo; y pues no tiene el amor al prójimo, muestra claramente tambien que no lo tiene á Dios, porque no ama á Dios quien no tiene caridad para el prójimo, imágen y representante de Dios (5). ¡Pero cuánto debemos á esta insi-

(1) Qui verba legis tenent, vim legis ignorant. (S. Ambros.)

(2) Et ecce quidam legis peritus surrexit tentare eum. (Luc., x.)

(3) Ut aliquid contra Moysen loqueretur. (S. Cyril.)

(4) Et quis est meus proximus? (Luc., x.)

(5) In hoc quod quærit: quis est? vacuus à dilectione proximi ostenditur, et consequenter à dilectione divina. (S. Cyril.)

diosa pregunta del malicioso doctor! Ella dió lugar á la magnífica parábola del Samaritano, con que el Señor ha querido pintarse á Sí mismo.

Habia, segun San Jerónimo, entre Jerusalem y Jericó, un desierto llamado por los judíos *Adommim*, es decir, lugar de la sangre, tristemente famoso por las muertes que allí hacian los ladrones. Justamente en ese desierto, dice el Señor, un hombre que iba de Jerusalem á Jericó, cayó en manos de los ladrones; que no contentos con robarle, lo acribillaron de heridas y lo abandonaron en medio del camino, bañado en su sangre (1). Pasó luégo por allí un sacrificador judío, y viendo al pobre viajero en tan lastimoso estado, se contenta con echarle una mirada de estéril compasion, y prosigue su camino (2). Poco despues acertó á pasar un levita, y aunque oyó los gemidos y vió las heridas del desgraciado, no se mostró más sensible que el sacrificador, y pasó sin prestarle el menor socorro (3). Pero la asistencia que el desgraciado no obtuvo de los judíos, sus compatriotas y hermanos, la obtuvo de un extranjero. Un hombre natural de Samaria, y por consiguiente, enemigo de los judíos, pasó por allí, y al ver al otro tendido en tierra y bañado en su sangre, tuvo compasion de él; y bajando del caballo, se aproxima, se inclina sobre él, lo consueta, lava con vino sus heridas, les echa aceite para templar la irritacion, las venda, lo levanta afectuosamente, lo acomoda en su montura, y siguiéndolo á pié, lo conduce á la posada vecina, lo pone en la cama, lo medicina y lo asiste como si fuese un hermano ó un hijo (4). Al día siguiente, como tenia que seguir su viaje, llama al dueño de la posada: Os recomiendo, le dice, á ese pobre herido; cuidadlo como si fuese yo mismo. Tomad estas dos monedas, gastadlas en sus necesi-

(1) Homo quidam descendebat de Jerusalem in Jericho et incidit in latrones, qui etiam despoliaverunt eum, et plagis impositis abierunt, semivivo relicto. (Luc., x.)

(2) Accidit autem ut sacerdos quidam descenderet eadem via et viso illo præterivit. (Luc., x.)

(3) Similiter et Levita, cum esset secus locum, et videret eum pertransivit. (Ibid.)

(4) Samaritanus autem quidam iter faciens, venit secus eum et videns eum misericordia motus est, et appropians alligavit vulnera ejus infundens oleum et vinum; et imponens illum in jumentum suum, duxit in stabulum et curam ejus egit. (Luc., x.)

dades; y si es necesario para su curacion, gastad más, que á mi vuelta dentro de pocos dias os recompensaré por vuestros cuidados, vuestro trabajo y vuestra caridad (1).

Tal es en su sentido histórico y literal la conmovedora parábola del Samaritano; tal la cuenta el Señor en el Evangelio. Expliquémosla ahora en su sentido alegórico y místico, y veamos las bellas é importantes lecciones que encierran la sabiduría y el amor del divino Maestro.

Jerusalen significa *vision de la paz*, y es la imágen del estado de inocencia y de gracia, en el cual se posee, y por decirlo así, se ve y se contempla la paz. La palabra *Jerico* significa la *luna*, y es la figura de nuestra carne mortal; porque así como la luna aparece, crece, mengua y desaparece, nuestra carne mortal tambien crece, envejece, declina y perece. Así el viajero que de *Jerusalen* descende á *Jerico*, es *Adan* y toda su posteridad: es el hombre, dice *San Agustin*, que por su pecado ha caido de la verdadera *Jerusalen*, de la verdadera vision de la paz, del estado de inocencia y de amistad con Dios, para comenzar á vivir con una vida material, variable, inconstante, sujeta á decadencia como el astro de la noche (2).

Los ladrones entre cuyas manos cae el hombre en su funesto viaje, son los ángeles de las tinieblas, dice *San Ambrosio*, los espíritus infernales (3), esos malignos espíritus que como ladrones nos han despojado de todo. En efecto, dice el venerable *Beda*, ellos nos han quitado el vestido interior de la inocencia, ese vestido que impedia á nuestros primeros padres apercibirse de que estaban desnudos (4). En segundo lugar nos han quitado, dice *San Ambrosio*, todos los ornamentos de las gracias espirituales con que el hombre habia sido enriquecido en su creacion primitiva (5). En tercer lugar, nos han quitado, dice *San Agustin*,

(1) Et altera die protulit duos denarios et dedit stabulario et ait: curam illius habe; et quodcumque supererogaveris, ego cum venero reddam tibi. (*Luc. x.*)

(2) Homo qui descendit est *Adam*, *Jerusalem* civitas pacis, à cujus beatitudine lapsus est. *Hiericho*, id est *Luna*, significat mortalitatem nostram propter hoc quod, sicut *Luna*, nascitur, crescit et occidit. (*S. Aug.*)

(3) Qui sunt isti latrones, nisi angeli noctis et tenebrarum? (*S. Ambros.*)

(4) Exspoliaverunt innocentiae veste. Hæc est illa stola, quæ amissa, protoplasti cognoverunt se esse nudos. (*Ven. Beda.*)

(5) Indumentis gratiæ spiritualis. (*S. Ambros.*)

las buenas costumbres, que eran el ornamento exterior de nuestra dignidad (1). En fin, dice *San Juan Crisóstomo*, nos han quitado el privilegio de la inmortalidad del cuerpo y el derecho de ciudadanos del cielo (2). No contentos con este sacrilego robo, esos ladrones sin piedad han herido cruelmente al hombre, porque, dice *San Agustin*, despues de la caída, el libre albedrío se ha debilitado singularmente (3), y han dejado á la humanidad cubierta de llagas, es decir, de pecados; porque, dice el venerable *Beda*, el pecado altera, desfigura la integridad del alma, como las llagas desfiguran el cuerpo (4).

Así, pues, el desgraciado viajero de la parábola que, despojado, acribillado de heridas, debilitado por la pérdida de la sangre, torturado por el dolor de sus llagas, no tiene fuerza para moverse; que muriendo sin socorro ni asistencia del médico, implora con voz apagada y con gemidos, sin encontrar quien lo asista, representa á la humanidad entera que, por la falta primitiva y los pecados actuales, está privada de gracia, sobrecargada de crímenes, impotente para levantarse de su corrupcion, impotente para procurarse socorros espirituales, y sin esperanza de obtenerlos de sus semejantes; y que en su abandono, desesperando de la curacion y de la vida, se consideraba víctima destinada inevitablemente á la muerte espiritual (5).

El sacrificador y el levita que pasan cerca del viajero sin socorrerlo, representan, segun *San Juan Crisóstomo*, la esterilidad del sacerdocio figurativo de *Araon* y la ineficacia del ministerio levítico de la ley de *Moises*, ministerio y sacerdocio que han podido ver, indicar las llagas de la humanidad, medir su profundidad y peligro, pero no remediarlas (6).

Segun otros intérpretes, el sacrificador y el levita figuran los sacerdotes y los filósofos del paganismo, que pudieron ver las

(1) Ornamentis morum. (*S. Aug.*)

(2) Immortalitate et dignitate coelestis. (*S. Joan. Chrys.*)

(3) Liberum arbitrium vulneratum. (*S. Aug.*)

(4) Plagæ peccata dicuntur, quia his naturæ integritas violatur. (*Ven. Beda.*)

(5) Totum genus humanum est homo iste, qui jacebat in via; quia vires ei propriæ ad surgendum non sufficiebant. (*S. Aug.*)

(6) Nec sacerdos *Aaron* transiens sacrificio potuit profuisse; nec ejus frater *Moyses* levita per legem potuit subvenire. (*S. Joan. Chrys.*)

miserias y heridas de la humanidad, y que con sus doctrinas licenciosas y crueles no hicieron más que irritarlas en lugar de curarlas.

Recordemos además, que cuando los judíos, con tono de sacrilego insulto, dijeron un día á Jesucristo: «Tú eres un samaritano y un poseido del demonio» (1), Jesucristo, con aire de paciencia, mansedumbre y dulzura infinita, se contentó con responderles: «No soy un poseido del demonio» (2). Es decir, como lo hace observar Orígenes, que de las dos alegaciones ultrajantes que le echaron en cara, no rechazó más que la segunda, la de estar poseido del demonio; pero dejó subsistente la primera, la aceptó como un título de honor, como su nombre propio, y no temió reconocer y confesar que era un samaritano; y en efecto, la palabra *samaritano* significa *guardian*. ¿Cómo, pues, podía negar que fuese samaritano y guardian el Dios salvador de quien se ha dicho en los salmos que jamás se duerme ni cesa de velar por su pueblo (3), y que nos protege y nos guarda como á las niñas de sus ojos? (4).

No hay duda, dice San Agustín, que bajo la figura del Samaritano compasivo, Jesucristo ha querido pintarse y representarse (5). ¡Ved, si no, cuán expresiva y fiel es esta pintura!

Se ha dicho del Samaritano, que pasando á una gran distancia del viajero herido, se le acercó (6). Por consiguiente, dice San Agustín, no puede haber mayor distancia que la que media entre Dios y el hombre, entre el Sér inmortal y el mortal, el Dios justo y santo, y el hombre corrompido y pecador (7). Y ese Dios ha venido cerca del hombre de quien estaba léjos. Ha venido, dice San Agustín, cuando el Verbo divino ha descendido de los cielos y se ha hecho Hombre (8).

- (1) Samaritanus est tu et dæmonium habes. (*Joan.*, VIII.)
- (2) Ego dæmonium non habeo. (*Ibid.*)
- (3) Non dormitabit neque dormiet qui custodit Israel. (*Ps.* cxx.)
- (4) Custodi nos, Domine, ut pupillam oculi. (*Ps.* xvi.)
- (5) In Samaritano Dominus se voluit intelligi. (*S. Aug.*)
- (6) Et appropians. (*Lue.*, x.)
- (7) Quid tam longinquum at remotum quam Deus ab homine, immortalis à mortalibus, justus à peccatoribus. (*S. Aug.*)
- (8) Venit secus eum: quia descendit de cælis et Verbum caro factum est. (*Ibid.*)

La montura en que viajaba el Samaritano es, según todos los intérpretes, la humanidad de que Jesucristo se ha dignado revestirse para venir hasta nosotros (1).

Se ha dicho del Samaritano que habiendo visto de cerca al viajero en el miserable estado en que se encontraba, se sintió movido á compasión (2), y que bajando de su montura, tomó en sus brazos al herido. Jesucristo también, viendo el estado miserable en que se encontraba la humanidad, movido solamente por una caridad infinita en su extensión, así como eterna en su principio, ha venido á nosotros, nos ha recibido en sus brazos, en su corazón, por un puro movimiento de misericordiosa compasión (3). Ha descendido de su montura, es decir, de su misma humanidad, pues no contento con hacerse hombre, ha querido hacerse servidor del hombre y ha tomado la semejanza exterior de su pecado (4). Ha pasado por todos los estados, se ha colocado en todas las situaciones, se ha sometido á las tentaciones de todo género, á todas las pruebas, á todas las penas del pecado del hombre, sin asumir la culpabilidad ni la mancha (5). ¡Oh! ¡Cómo se cumplió en Jesucristo esta circunstancia: «El Samaritano se aproximó al herido», puesto que, según San Ambrosio, el que estaba á tan grande distancia de nosotros, se ha acercado realmente por la misericordia, llegando á ser como uno de nosotros! (6).

Se ha dicho del Samaritano que lavó las llagas del viajero con vino, y les puso aceite (7). Lo cual significa, según San Juan Crisóstomo, los sacramentos de los muertos y de los vivos, instituidos por Jesucristo, la sangre de su pasión con que lava las heridas de nuestra alma, la unción misteriosa de la gracia con que nos santifica, nos vivifica, templamos el ardor de nuestras penas y nos hace gustar la dulzura de sus dones (8).

- (1) Jumentum est caro qua Verbum Dei ad nos venire dignatus est. (*Ori.*, *S. Aug.*, *S. Joan. Chrys.*, *Theophil.*, *Emiss.*, *Haym.*)
- (2) Et videns eum misericordia motus est. (*Lue.*, x.)
- (3) In charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans. (*Jeremias*, xxxi.)
- (4) In similitudine carnis peccati. (*Rom.*, iv.)
- (5) Tentatum per omnia.... absque peccato. (*Hebr.*, iv.)
- (6) Factus est misericordia vicinus. (*S. Ambros.*)
- (7) Infundens oleum et vinum. (*Lue.*, x.)
- (8) Vinum et oleum id est: sanguinem passionis et oleum Chrismatis

Tambien San Juan habia dicho que Jesucristo ha lavado realmente nuestras almas con su sangre (1). El Profeta rey habia dicho que derramaria el aceite sagrado de su gracia sobre nuestras cabezas, desde donde se esparciria por todo el cuerpo (2).

Se ha dicho del Samaritano que vendó las llagas, uniendo sus bordes para apresurar la cicatrizacion. Lo que significa, segun el venerable Beda, que Jesucristo tambien, en los sacramentos, no solamente nos ha preparado el remedio contra los pecados cometidos, sino áun dado un freno y un preservativo contra nuevas faltas (3).

Pero si el Samaritano, contentándose con haber practicado tan gran caridad con el pecador, lo hubiese dejado solo donde lo habia encontrado, en su debilidad, sin poder moverse ni tener quien lo cuidase, hubiera muerto de hambre y de dolor. ¿Qué hizo, pues, este hombre compasivo? Lo levantó dulcemente, lo puso sobre su propia montura y lo depositó en la posada vecina.

¡Oh! En todo esto está explicado, de la manera más sensible, lo que ha hecho por nosotros la caridad del verdadero Samaritano, viniendo á buscarnos y á salvarnos (4). Su pasion, su muerte, los sacramentos instituidos por Él, no nos hubieran servido de nada si nos hubiese abandonado en el desierto de la vida, sin apoyo y entregados á nosotros mismos. Las llagas de nuestra alma se habrian abierto nuevamente, irritado y gangrenado por falta de caritativos y asiduos cuidados. Nos ha llevado Él mismo á la posada, ó segun la expresion griega, al *pandochium*, á la casa abierta para todos, es decir, nos ha llevado y depositado en el asilo de la Iglesia. Sí, nos dice Orígenes, la Iglesia es verdaderamente la posada pública, abierta en todo tiempo á cualquiera que quiere entrar, que nos recibe y nos acoge á todos, que á nadie niega su asistencia (5). Y casi en los mismos términos,

quibus delictorum vulnera curantur et sanctificationis medela præstatur. (S. Joan. Chrys.)

- (1) Qui lavit nos in sanguine suo. (Apoc., 1.)
- (2) Impinguasti in oleo caput meum. (Ps. xxii.)
- (3) Alligatio vulnerum est cohibitio peccatorum. (Ven. Beda.)
- (4) Venit Filius hominis quærere et salvum facere quod perierat. (Lucas, xix.)
- (5) Pandochium quod universos suscipit intrare volentes, Ecclesia intelligitur quæ omnes suscipit, nulli auxilium denegat. (Orig.)

San Juan Crisóstomo nos ha dicho : La posada es la Iglesia que acoge á todos los viajeros de este miserable mundo, á todos los que se presentan, ya para encontrar reposo, fatigados de la marcha, ya para buscar alivio y curacion de las heridas hechas por el pecado (1).

El Samaritano condujo por sí mismo al herido despues de haberlo puesto sobre su montura (2). Y eso significa, segun Theophilacto, que Jesucristo ha puesto nuestra naturaleza herida sobre su propia humanidad, y se ha dignado hacer de nosotros sus miembros (3). Nos condujo Él mismo, añade San Juan Crisóstomo, porque ninguno entra en la Iglesia sino llevado por Jesucristo, por medio del bautismo que nos ha unido á su cuerpo (4).

Llegado á la posada, el buen Samaritano cuida á su enfermo, le pone en la cama y le prepara alimentos y medicamentos (5). Y eso significa que Jesucristo, despues que por su resurreccion levantó del suelo á la humanidad herida, despues de llevarla á la Iglesia nuevamente fundada, le prodiga los cuidados de la más tierna solicitud, por la institucion de los sacramentos, por el alimento de la doctrina presentada á las almas de los primeros neófitos y por los frecuentes consuelos de sus numerosas apariciones, en que les hablaba del reino de los cielos (6).

Pero como el Samaritano tenía interes en continuar su viaje, llamó al posadero y le dijo : Os recomiendo á este pobre hombre; cuidadlo como si fuese yo mismo ; emplead este dinero en sus necesidades ; si es menester gastar más para su curacion, hacedlo, porque debo volver pronto y os entregaré todos vuestros gastos, vuestro trabajo, vuestra caridad (7). Luego, segun Orígenes, el dueño de la posada es el que preside la Iglesia, es de-

(1) Stabulum est Ecclesiæ quæ in mundi itinere lassatos et sarcina delictorum defessos suscipit venientes. (S. Joan. Chrys.)

(2) Imponens illum super jumentum suum duxit in stabulum. (Luc., x.)

(3) Imposuit super jumentum quia membra sua nos fecit. (Theophil.)

(4) Quia nemo nisi per baptismum Christi intrat in Ecclesiam. (S. Joan. Chrys.)

(5) Curam illius egit. (Luc., x.)

(6) Loquens de regno Dei. (Act., 1.)

(7) Altera die protulit duos denarios et dedit stabulario et ait : curam illius habe ; et quodcumque supererogaveris ego cum rediero reddam tibi. (Luc., x)